

señanzas y el ejemplo de don Francisco, siendo la negación de su sinceridad científica, de su patriotismo desinteresado, de su respeto á las ideas, de su falta absoluta de egolatría, de su pureza de intención y de obra, y no obstante quizá pretenden pasar por discípulos y herederos suyos, aprovechando la singularidad del instante, si hay una segunda vida espiritual y desde ella puede ver don Francisco estas cosas, sentirá, sin duda, la suave y melancólica ironía que las contradicciones y engaños de la humanidad hacen brotar de los espíritus serenos... Si don Francisco volviese á la vida, echaría de su templo á muchos de esos fariseos; á otros los perdonaría con su inagotable bondad. Pero no sé qué sería preferible de ambas cosas, porque el perdón de hombres como aquél, tan superiores, suele dejar más amargura en el alma de quienes son capaces de amargura, que el latigazo más cruel y más duro.



GINER Y SU INFLUENCIA SOCIAL Y JURÍDICA



I

El sentido social y la regla de conducta

POCOS hombres, entre los hombres ilustres de nuestro actual renacimiento, representaron mejor que Giner lo que significa, para quienes creen que los nombres no son cosa vana, lo que se quiere decir con la frase «reforma social».

Á esa reforma, en todo lo que comprende cuantitativamente, pero más aún en lo que constituye su raíz y su médula, estuvo consagrado Giner. Lo estuvo por doctrina y por inclinación natural de su espíritu. En cuanto á lo primero, porque entendió siempre que las grandes modificaciones sociales, como todo lo que es orgánico, no se logran ni se cumplen desde afuera, sino desde adentro;

no proceden de las leyes y de la organización exterior del poder público, sino de la formación interna, del espíritu social y del freno ético que éste haya logrado imponerse, y miraba por tanto, más al estado de la opinión y los sentimientos colectivos, y á la colaboración que según ello habían de prestar á los órganos llamados directores, que al empeño, frecuentemente pueril, de hacer y deshacer que éstos tienen, por cándida equivocación que no pocas veces es orgullo inconfesado.

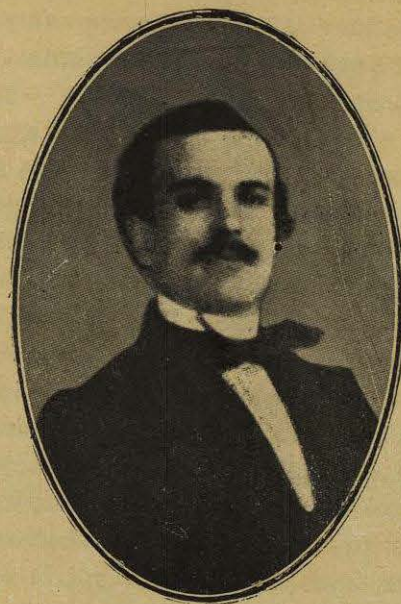
En cuanto á lo segundo, Giner estaba llamado á una estimación semejante de su obra en el mundo, porque él era uno de los hombres más hondamente sociales que he conocido. Giner no concebía al hombre solo; era el contraste vivo y la negación vibrante del individualismo hosco y ególatra que reina en la mayoría de las naciones y entre nosotros toma caracteres de retraimiento agresivo, ó sirve á las vanidades de los espíritus selectos que se encierran en sus torres de marfil... ó de madera pintada. Así como Giner necesitaba siempre compañía, no trabajaba á gusto sino sabiendo que alguien trabajaba cerca de él, y prefería á todos los medios de enseñanza y de educación los que se derivan de la convivencia, el diálogo, el mutuo cambio de impresiones é ideas, así también, y por natural correspondencia de sentido, veía siempre en toda labor su alcance y proyección social, y aun más que esto, la intención predominante de que sirviera para los otros y se realizase en función

del concurso que cada cual debe á todos. Había así, en toda su mentalidad y en toda su conducta, un criterio orgánico que ligaba estrechamente el hacer individual con la finalidad social, y que agudizaba, ennobleciéndola, la responsabilidad de los propios actos que obliga á todos los hombres, que no todos sienten con igual fuerza y que algunos no han llegado á sentir nunca.

Ese sentido orgánico de la vida humana estaba acompañado en Giner por una estimación preponderante de la regla moral extendida á todas las direcciones de la conducta, y es fácilmente perceptible en todas sus enseñanzas y en todas sus teorías, desde la jurídica hasta la metodológica de la investigación de la verdad. Ese aspecto de su vida, como el más ligado á efectos prácticos, ha sido también el más claro y visible para las gentes; y en realidad, ahondando en la trabazón fundamental de las ideas, se llega á encontrar un íntimo enlace entre la orientación moral como Giner la entendió y el sentido «social» en cuanto determina cierto género de intención y de conducta, aparte las especiales determinaciones doctrinales que ese sentido tuvo en Giner por lo que toca á la concepción sociológica y jurídica de la humanidad. Por ello, y dado que en la resultante final del hacer á que naturalmente es llevado el hombre, la regla moral es lo predominante, y á que ella triunfe sirven todas las demás fuerzas espirituales que en nosotros debe desarrollar la educación, no es irreal considerar

que ahí residió la más alta representación de don Francisco, y que de toda su obra como pedagogo, como filósofo y como jurista, lo que culminó fué la ética de su vida y de su influjo educativo y el amplísimo concepto de su tolerancia, forjado al calor de una idea de la cooperación social (aspecto del sentido orgánico á que antes me refería) no superada jamás por nadie, pues en ella el factor intelectual iba amasado con una gran dosis de vibrante amor á los hombres como hermanos y compañeros en la tarea civilizadora de la especie.

Conforme á esto, y á la manera de todos los grandes moralistas (los verdaderos educadores son eso, principalmente), Giner daba el primer lugar en la vida á la regla de conducta inspirada en la mayor pureza, en el más grande desinterés, en el amor más profundo á la verdad, en la estimación de todas las cosas buenas, humanas y naturales, en la fraternidad y en la tolerancia para todas las opiniones y todas las flaquezas. Y como esta doctrina no era en él simple predicación, sino práctica y ejemplo, llevaba en sí una autoridad fortísima, insuperable, á que se rendía todo espíritu no cristalizado en el odio y en la intransigencia. Con ser soberana su intelectualidad y vasta y profunda su cultura, era fácil advertir que todo su valor en este punto, toda la superioridad que le reconocieron siempre los que en número incalculable acudían á su saber y á su consejo en momentos de crisis espiritual ó en sus investigaciones científicas, deri-



GINER DE LOS RÍOS EN 1858

vaba del mismo fondo ético, cardinal en su modo de ser. Como merced á él y viviendo conforme á él no podía concebir ninguna claudicación, ningún momento de flaqueza, la concesión más mínima al incumplimiento de los deberes, su juicio era siempre sereno, estaba por encima de las vacilaciones, de los desfallecimientos, de las entregas á la «impura realidad», y señalaba constantemente, sin vacilación, una ruta que para la mayoría de los hombres flota en el espacio de los ideales poco menos que inasequibles, á no ser en ciertos momentos y por un esfuerzo heroico. Y ese mismo principio ético es el que le daba también superioridad en las disciplinas científicas y literarias que cultivaba, porque él se decía que su deber era no contentarse con un conocer superficial de las cosas, ni descansar en conclusiones precientíficas, engañando así á los que fían en nuestro trabajo y diligencia, ni sustituir la apreciación y el parecer personales al espectáculo libre de la realidad, ni deformar el espíritu ajeno por el prurito de reducirlo á nuestro módulo, ni aislarse en especialidades que seccionan el mundo y lo tabican (en vez de considerar el íntimo lazo que liga todas las cosas y hace interdependientes todos los conocimientos), ni en fin, reservar para sí lo averiguado, en goce avariento de cosa propia y exclusiva, ó menospreciar el concurso ajeno, por humilde que pueda parecer.

Por eso, porque tenía siempre presente la responsabilidad enorme que pesa sobre el trabajador

científico, como sobre cualquier otro trabajador, máxime si las circunstancias de la vida lo hacen maestro de otros (¿y quién no es maestro en algunas ocasiones de ella?), don Francisco sabía las cosas que estudiaba mejor que la mayoría de las gentes, que se contentan con lo «indispensable» y se cansan pronto del esfuerzo, en que él no cejaba jamás, penetrando hasta lo más hondo de los problemas y estimando que el averiguar de las cosas no acaba nunca. Porque sentía vivamente esa responsabilidad del maestro en cuyas manos está, en cierta medida, el porvenir de todos los espíritus que se confían á él, evitaba apagar la personalidad de sus discípulos en la uniformidad de una doctrina impuesta que mata toda iniciativa, antes bien se esforzaba en despertarla y avivarla, para que por sí propia caminase en la ciencia y en las relaciones humanas. Porque creía que la más fecunda especialización, con ser indispensable para el progreso de la ciencia, ha de estar fecundada por una visión amplísima del conjunto de la realidad, á la vez que dirigía á sus discípulos hacia esa misma penetración honda de las cuestiones, que él practicaba, les impedía que se encerrasen en la particularidad de su investigación, despreciando como inútil y disipador el resto del saber, mostrándoles en cambio la indestructible base de la cultura enciclopédica.

Porque estimaba, en fin, que todo pensamiento, por muy original que parezca, debe siempre mucho

á los pensamientos de otros, y por muy verdadero que lo consideremos es, al cabo, una representación personal abierta al error y compañera con otras en el camino de averiguar lo verdadero, comunicaba liberalmente á todos lo que él sabía, y escuchaba á todos con curiosidad respetuosa, ansioso de recoger el fruto de la labor ajena para corregir ó agrandar la suya y mantener su espíritu en una perpetua juventud, que asimila siempre y da cada día nuevos frutos, en inagotable renovación y producción.

Fácil es comprender con esto por qué Giner no era un «intelectual» en la acepción propia de la palabra, es decir, un hombre que antepone á todo en la vida el brillo y la victoria del poder intelectual y el cultivo de esa fuerza espiritual, como si fuese la única, ni, aislada de las otras, la menos expuesta á descarríos y aplicaciones inmorales. Por eso mismo no era un dogmático, ni, con mayor razón, un intransigente; y así no ha dejado «escuela», en el sentido estrecho y cristalizado con que esto suele decirse. Sus discípulos, aquellos que verdaderamente han recogido lo substancial de las enseñanzas y el ejemplo de Giner, no son repetidores de una doctrina, siervos de un sistema, sino que han conservado su personalidad científica; y no es raro verles opinar, en las muchas cosas que son todavía opinables dentro de una ciencia (y Giner puso siempre gran empeño en hacer resaltar su número), de distinto modo que el maestro. En cam-

bio, hay otros que repiten *ideas* de Giner, y sin embargo, no pueden llamarse discípulos suyos, porque no guían su conducta general, como pensadores y como hombres, según la regla ética y el método característicos en aquél.



II

Los libros de Giner

DEJA escritos Giner varios libros de variada materia que responden al concepto enciclopédico serio (no al de mariposeo del aficionado superficial, ó al tanteo de quien busca, en lo que fuere, un triunfo y una plataforma personalísima), que ya hemos notado en él.

Al orden jurídico pertenecen, además de varias traducciones (Röder, Ahrens y algún otro), los siguientes libros: *Principios elementales del Derecho*; *Principios del Derecho natural*; *Estudios jurídicos y políticos*, *Resumen de filosofía del Derecho* y *Estudios y fragmentos sobre la teoría de la persona social*. Estos dos últimos, que son también los más recientes en fecha de publicación, señalan las dos

más importantes condensaciones de doctrina jurídica que Giner hizo. El *Resumen*, que redactó en colaboración con su gran discípulo en esta materia, Alfredo Calderón, ha sido durante muchos años el libro-guía de todos los cultivadores de la filosofía del Derecho y ha influido incluso en quienes lo miraban con recelo desde su intransigencia sectaria ó en los que sinceramente, y previo estudio, se apartaban de algunas de sus orientaciones fundamentales. La lectura del *Resumen* es imprescindible para el que quiera formarse idea de las notas que caracterizan nuestro actual pensamiento jurídico y comprender ciertas singularidades de posición intelectual y de conducta que ofrece una parte considerable de nuestra minoría culta en materias políticas y sociales. Lejos de ser el *Resumen* (como suelen decir quienes no lo han leído ó no poseen conocimientos jurídicos bastantes para encontrar su relación con las grandes corrientes modernas) un manual de ortodoxia krausista, es el fruto de un espíritu libre de todos los prejuicios, incluso el de sistema, y que basándose, cierto es, en la substancia llena de infinitas posibilidades fructíferas de desarrollo, de la doctrina jurídica de Krause, y contribuyendo á que se produjesen, se ha enriquecido á la par con la más amplia influencia de otras direcciones científicas, como la histórica y la llamada positivista, que tampoco es una. Y es interesante advertir las notas originales que, sobre la base de esa compleja elaboración

(desgraciado el científico cuya elaboración de pensamiento no es compleja), ha dado Giner en muchos de los problemas de filosofía del Derecho.

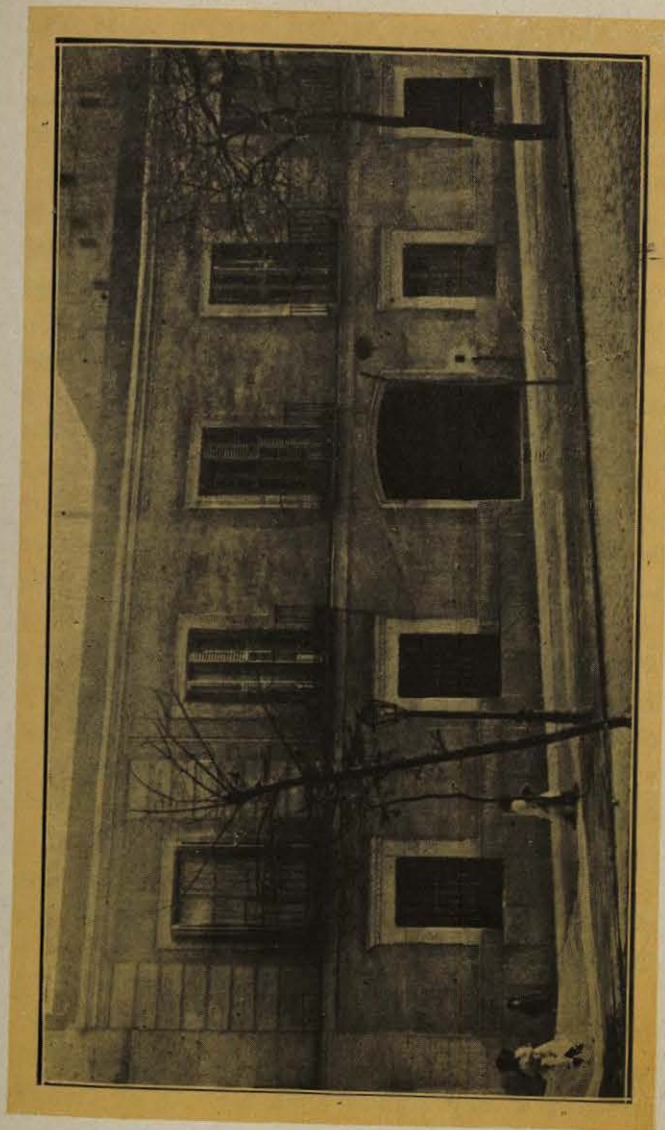
Aparte los libros citados, hay materia jurídica en otros trabajos suyos, como la biografía de Maranges, las notas á Ahrens y diversos artículos todavía no reunidos en volumen, en que Giner ó resumió y comentó obras recientes de juristas extranjeros, ó expresó su opinión sobre cuestiones palpitantes. Todo ese material se hallará en las páginas del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, que el creó en 1877 y que en sus 38 volúmenes completos (el 39 corresponde al presente año) ofrece á los estudiosos una riquísima enciclopedia de saber moderno.

Al orden de los estudios filosóficos y sociales pertenece, desde luego, mucho del libro sobre la *Persona Social* y además un tomo de *Estudios filosóficos y religiosos*, las *Lecciones de Psicología*, que escribió en compañía de Eduardo Soler y Alfredo Calderón (admirable modelo de libro didáctico), y el *Programa de doctrina de la Ciencia*.

En punto á materias literarias y artísticas, Giner tradujo la *Estética* de Krause, dió un volumen de *Estudios sobre artes industriales*, otro de *Estudios de Literatura y Arte* y redactó infinidad de notas sobre nuestros más notables monumentos y lugares artísticos y algunos de Portugal, aparte lo que contribuyó á dirigir por estos derroteros á muchos de sus discípulos.

Por último, en pedagogía—su asunto predilecto, aun antes que el Derecho mismo—es imposible apreciar su enorme labor con la sola consideración de los folletos *El edificio de la escuela* y *Campos escolares*, publicados en 1883 y 1884 (la fecha tiene gran importancia para estimar las iniciativas de Giner y su influencia), y de los libros *Estudios sobre educación*, *Educación y enseñanza* y *Pedagogía universitaria*. Muchos trabajos más hállanse esparcidos en los tomos del *Boletín de la Institución*, unas veces en forma de notas ó artículos firmados, otras de extractos y exposiciones de libros ajenos, en que el espíritu alerta de Giner sembraba á cada paso el escolio que la lectura le sugería y que á su vez encierra casi siempre un mundo de sugestiones. Todo ello irá á nutrir algún día la colección de sus obras completas, y así reunido producirá en las gentes la impresión que ahora sólo tienen sus discípulos más íntimos, en quienes la falta de visión material del conjunto está sustituida por el recuerdo vivo de las infinitas ocasiones en que el maestro les dió luz de ideas y vigor de precepto, penetrando con sus palabras la vida entera de quienes le tomaron por guía ó estaban siempre atentos á su voz de apóstol y á su corrección de puritano.

Pero como Giner era ante todo y sobre todo un educador, naturalmente su pensamiento se inclinaba siempre á esta modalidad; y así sus escritos de Derecho, de filosofía, de asunto religioso, de



EDIFICIO DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

arte, están llenos de indicaciones pedagógicas, que unas veces tocan á la metodología profesional y otras á la regla ética de conducta en que cada problema se traduce prácticamente.

Aun juntando todas estas notas pedagógicas (las relativas á la política, al cumplimiento del Derecho, á la moralidad profesional, son numerosas en sus escritos), no se agotaría la labor de Giner en este orden; porque fuera de todo lo que ha expresado literariamente y es del dominio del público, queda su obra privada, oral unas veces, escrita otras (su correspondencia) en que la acción de alma á alma era, por más individualizada é inmediata, más enérgica y de mayor provecho. Salvo en los momentos en que sus deberes de catedrático exigían de él dedicación especial á cierto público, Giner puso todo su tiempo, toda su vida, á disposición de los demás, de todo el que acudía á él en demanda de orientación, de consejo, de apoyo en las vacilaciones de la vida; y esto porque nunca olvidó que el oír y el responder, cuando quien nos habla y espera nuestra respuesta tiene confianza en nosotros y cree que le podemos ayudar en su labor ó en sus dudas, es uno de los mayores servicios que un hombre puede prestar á otro, y bien vale la pena de que se deje de escribir por ello algún libro ó se deje incompleta una investigación.

Ni era necesario (dada la exquisita sensibilidad de Giner, en quien los cuidados ajenos y la pesadumbre de las cuestiones vitales que la realidad

plantea á cada paso en nuestra esfera de atención y de acción, producían un eco que le llamaba á intervenir) que se le pidiese parecer. Le bastaba saber que un amigo se hallaba frente á cualquier dificultad de la vida, ó que alguno de ellos podía hacer algo favorable á la resolución patriótica y justa de una cuestión que importaba á la cultura ó á otro interés elevado de la patria, para que acudiese en seguida, consolando á unos, animando á otros, excitando á los irresolutos, presentando ante los débiles ó distraídos el imperativo de su responsabilidad para con las cosas que le estaban confiadas. Y en todo ese apostolado se derramó una parte considerable de la vida de Giner, cuyos consejos y advertencias consiguieron no pocas veces efectos importantísimos para la vida nacional, muchos de los cuales se llegarán á saber tal vez, pero es seguro que una buena parte quedará para siempre ignorada.

Así fué Giner maestro (es decir, educador) en todos los instantes y para todos los que con él se relacionaban, y por eso no lo conocería bien quien sólo lo conociese á través de sus publicaciones, que expresan no más parte de su espíritu, aunque ciertamente en cosas substanciales que responden á sus más hondas preocupaciones de pensador.



III

Educación física y educación artística

DÍGASE ahora si un hombre que tan vasta y profunda influencia tuvo en la educación y en la dirección espiritual de tantas gentes —apenas si dejó de ejercerse sobre uno sólo de los que se acercaban á él, aunque no fuese más que un momento, porque la impresión que dejaba era siempre fortísima y el poder de su inteligencia y de su ejemplo moral absorbía y arrastraba— no fué el preparador más fecundo de la renovación social de su país. Es ya un tópico vulgar que ésta no se logra eficazmente por un simple cambio exterior de leyes ú organismos, sino mediante la sustitución de idealidades viejas por nuevas; es decir, mediante el